

CONSIDERACIONES SOBRE UNA EXPOSICIÓN. RETROSPECTIVA DE LA OBRA DE ALFONSO ALBACETE.

María José Carmona Mato

Llegado el final de la década se puede afirmar que los 80 han sido los años de la pintura en España. Buena parte del interés suscitado en torno a las propuestas estéticas más actuales se debe, en gran medida, al impulso que han adquirido las exposiciones organizadas tanto por instituciones públicas como privadas, y a la sorprendente respuesta social que han provocado. El arte se ha convertido en nuestro país en un verdadero fenómeno de masas.

En contraposición a lo ocurrido en otros ámbitos culturales, en España no se han generado movimientos o grupos definidos, aunque la obra de muchos de nuestros artistas puede compararse a lo producido internacionalmente. Esto les permite una proyección más allá de nuestras fronteras, y los consiguientes beneficios de difusión que ello supone. Una de las figuras más destacadas desde este feliz y prometedor panorama artístico es, sin duda, Alfonso Albacete, artista del que hemos podido apreciar una muestra retrospectiva (de 1981 a 1990) el pasado mes de octubre en las salas de exposiciones de la Caja de Ahorros de Antequera. En esta acertada selección, llevada a cabo por la galesta Carmen de Julián, se pudo valorar la evolución pictórica experimentada por el pintor en los últimos diez años de su actividad creadora.

Al inicio de los 80, después de iniciales tentativas en el arte pop y conceptual, Albacete, siempre comprometido con el arte más actual, se unirá a las propuestas que apostaban por una vuelta a la pintura, a la pintura-pintura, dentro de los márgenes ya generosos de una abstracción espontánea, colorista y vital. Revive entonces el pintor, dándoles nuevo sentido a técnicas y estilos ya consagrados como las vanguardias históricas o la abstracción informal de los años cuarenta y cincuenta. Ecos de Cézanne, Matisse y Derain y de la "action painting" son entonces percibidos en su obra, junto a un planteamiento festivo y colorista, revivificador que no era tampoco ajeno a otros pintores españoles coetáneos, aunque algo mayores en edad que Albacete, como Campano, Broto o Navarro Baldeweg.

Pero si algo ilustra esta exposición es el paso, la transición, entre abstracción y figuración, propio de la pintura de los 80 en España. Paso, evolución, en la que Albacete ha jugado un papel destacado.

En su primera producción madura, las obras fechadas en 1981, son fácilmente distinguibles dos líneas paralelas: una deudora del impresionismo y otra decididamente abstracta. Incluso un mismo tema, como se observa en sus series *Andar entre olivos* o *La Capilla*, es abordado desde ambos postulados. Dichas líneas se muestran, por una parte, en las acuarelas ejecutadas con una técnica suelta en las que el recuerdo de ciertos cuadros impresionistas y fauvistas, especialmente de algunas obras de Derain, es evidente. Por otro lado, en los grandes óleos la gama de colores puros empleados por el artista (amarillo, rojo, verde, azul, blanco y negro) se hace aún más vibrante y cargan el cuadro de expresividad. La fuerza que estas superficies desprenden depende en buena medida de las texturas y densidad de las pastas empleadas en la ejecución. La herencia de la "action painting" es innegable; pero, en estos cuadros, los trazos no son libres sino que son sometidos a una cierta estructura, al ser encuadrados mediante líneas bien definidas en espacios delimitados. De cualquier modo, lo sobresaliente es que su pintura busca un enlace con la abstracción de posguerra.

A partir de 1986 aparece en su obra una espiral. La figura de la espiral, repleta de significaciones simbólicas, ya fue cultivada por Clemente en 1984. Albacete, con esta magnífica espiral realizada a base de pinceladas sueltas que en uno de sus extremos enlaza con un motivo clásico -quizás como alusión a un viaje que hace a Grecia pocos años antes-, parece querer relacionar tradición con modernidad, aunando la utilización de un lenguaje heredado de la vanguardia y la referencia a la tradición a modo de cita. Además, Albacete da a la obra un título mitológico, *Narciso*, haciéndola adquirir significaciones aún más amplias. Pero esta referencia a la modernidad desde la tradición donde mejor se muestra es en *Tormenta*. En esta obra se representa mediante pinceladas de color, una arquitectura clásica y sobre ella pinceladas cargadas de vitalidad y colorido se despliegan sobre el lienzo, conformando una espiral que invade la serenidad de la arquitectura dotando al cuadro de movimiento, de vida.

Desde 1988 en adelante la paleta de Albacete se va a oscurecer cada vez más y la pintura aparece barrida sobre el lienzo (o el papel en el caso de la acuarela). Destacan unas visiones de la ciudad, *Dos ca-*

lles que conducen al sur, que incluso pueden ser calificadas de neorrománticas. Estas pinturas se acercan bastante, en el sentido de las realizaciones, a las obras que en 1982-83 efectuaron Kiefer en el ámbito alemán, o Sicilia en el español. Por otra parte, en esta misma fecha, aunque la abstracción se mantiene, el artista dará paso a la figuración. En un primer momento, en obras como *El oasis del río* o *Las duchas*, se dejan entrever formas humanas, más bien sombras, deudoras de las figuras que en un intento de perseguir la pureza de las formas realizaran Cézanne o Matisse. Figuraciones que se relacionan con las que a mitad de los 80 ejecutaran otros artistas españoles como Quejido o Uslé. En el 89, en las piezas tituladas *Gilgamesh*, la referencia a la figura humana continúa aunque se limitará a unos simples trazos que flotan sobre un fondo azul abismal, centrándose el verdadero interés del cuadro en las calidades matéricas.

Por último, en 1990, trata un tema ya abordado por otros pintores como Guillermo Pérez Villalta, *El vellocino de oro*. Aquí, para Albacete sólo parecen existir la gama de los marrones, el blanco y el negro, y, al papel predominante que adquieren las texturas, se suma un interés cada vez mayor por el carácter narrativo de sus creaciones.

En esta muestra retrospectiva se advierte que Albacete añade a su constante preocupación por la técnica y por el lenguaje pictórico, un notable interés por dotar a su obra de contenido. Ello se deja ver en el cambio producido en la elección de los temas. De visiones inmediatas tomadas directamente del natural (como sus series *Andar entre olivos* o *La Capilla*, que hacen referencia al paisaje andaluz o al cortijo donde pasó parte de su infancia en su ciudad natal Antequera), Albacete pasará a rastrear mitos, culturas e historias ya desaparecidas, dejando abierto el camino a la interpretación por parte del espectador, acercándose en su creación, una vez más, a la actitud asumida por otros artistas contemporáneos tanto a nivel nacional como internacional.